

# HORNACINAS EN LAS CALLES DE PAMPLONA

José URANGA IRAOLA  
(Fr. Carmelo de J.C.)

*No se si Vds. participarán de mi afición urbana.*

*A mi que me den las viejas ciudades medievales o renacentistas: Asís, Venecia, Estrasburgo, Compostela o Toledo... Y en las históricas poblaciones remozadas, que me busquen,*

*si me pierdo, en la zona antigua de la ciudad; irredenta para la higiene y para la circulación; pero llena de recuerdos y de voces dormidas, que han ido dejando los siglos hasta en sus rincones más sombríos y anónimos.*

*Estas calles estrechas y contorsionadas, empinadas y reptilicias, silenciosas y morenas de las viejas ciudades son de museo y de antología, para el turismo y para la dulce poesía o la dramática de la historia breve de la monografía ciudadana, sonora de ecos evocadores y sabrosos para el regusto del espíritu.*

*No sé qué encanto inmarchito tienen estas viejas rúas cansadas, de marchitas jachadas seniles, tres y cuatro veces centenarias; con sus casuchas irregulares y desarticuladas, verdaderas acequias de una sociedad familiar, que desapareció hace tiempo y por donde se empeñan en hacer circular a la sociedad actual, tan distinta de aquella otra, en gustos, exigencias y necesidades.*

*Sin embargo a mí me encantan estas callejas con sus pasadizos y belenas, con sus descuidadas calzadas y sus inútiles aceras —esbozadas tan sólo muchas veces—, donde las portales se abren para las personas y las bestias indistintamente, a pesar de las modernas ordenanzas municipales; donde tan pronto veremos salir sucesivamente un caballo o una burra, una beata entochada o un vecino azcarro y trabajador; donde la ropa tendida es un motivo decorativo, de repostero pintoresco y barato y donde los focos eléctricos de luz de neón son de un anacronismo odioso e invertido, que está pidiendo a gritos los viejos faroles de aceite o de gas y donde nunca se llorará suficientemente —sunt lacrymae rerum— la ausencia de los chuzos, de los serenos y su metereológica salmodia nocturna a la hora circstercense de la madrugada.*

*En eunas calles de tanto carácter y de tanta pátina, donde hasta lo caduco tiene prestancia y encanto de exposición turística, hay un detalle religioso —en algunas ciudades al menos— que eleva su gracia al grado de lo misterioso y de lo sagrado. Son las hornacinas pobres y atormentadas, góticas o barrocas, olvidadas o relimpias, que la fe de un pueblo, que nos precedió, nos ha legado en patrimonio común de ciudadanos herederos.*

*5u existencia, inhistórica en la mayor parte de los casos, se debe a una especie de plétora devocional, en nuestra leyenda al menos. La devoción individual de una persona o de una familia; y a lo más de piedad de una rúa o de un barrio a los que daban nombre una advocación o un Santo, dieron ocasión a que surgiera en un hueco de la pared o en una hornacina sobrepuesta el Cristo, la imagen mariana, o la talla, vestida y todo de un Santo.*

*Y qué honda impresión produce en el ánimo estos breves detalles populares de fe; estos gritos callejeros de devoción; los guardianes permanentes y sin relevo de un dogma y de una religión definitivos.*

*No los puso el Municipio, creo que en ningún caso. Fue idea del pueblo, acorde con aquel sentimiento cristiano y piadoso en que fueron amamantadas tantas generaciones de nuestros antepasados.*

*¡Qué intensa emoción la que sacude el alma, cuando en las noches crudas de la ventisca airada, o de las lluvias torrenciales o de los vientos huracanados, ante los sonámbulos del vicio o de los ángeles de la caridad, que deambulan de madrugada por las mal encaradas callejas, surge, como una aparición ultraterrena, la sombra iluminada a medias, de un crucifijo doliente o de una Virgen traspasada, que nos sale al paso, como en una sorpresa de amor!*

*Cuántas blasfemias se han apagado ante estas hornacinas sencillas, que tienen tanto de sagrarios abiertos, al aire libre. ¡Cuántos pasos se han enderezado en la vida del pecado y cuántas promesas se han jurado ante estos minúsculos altares públicos! Y si es verdad que también han provocado injurias y sacrilegios, han sido los menos. Las gentes de la crápula, en su mayoría, pasan avergonzados, temerosos, casi arrepentidos, frente a estos rincones de santuario popular. Y cuando se ha cometido algún crimen de lesa divinidad contra alguna de estas imágenes, por la inconsciencia humana de sus autores, qué reacciones tan espontáneas de fe y desagravios no han despertado!*

*Pero dejémonos ya de consideraciones líricas para entrar en el terreno de lo histórico, aunque sea muy poco lo que a este respecto podamos aclarar en resumidas cuentas. Como si estas viejas imágenes prefiriesen conservar su halo misterioso de leyenda sagrada y popular.*



Hornacina de la calle Zapatería

**Este artículo del Archivo de Pregón se publicó en PREGÓN número 55, Semana Santa de 1958. Fue escrito por José Uranga Iraola, conocido popularmente como Padre Carmelo.**



Hornacina de la calle Mañueta

Comencemos nuestra excursión urbana en este tiempo de Pasión, a media noche, cuando no nos molesten los ruidos de la jornada diaria, ni la curiosidad de los transeuntes.

Por estas calles, hechas para espadachines y embozados, para estacadas y contraseñas malignas, para sombreros de tres picos y farolas desvencijadas, entre suspiros de fantasmas y revuelos de brujas, vamos a detenernos en las cuatro esquinas de la ciudad donde hay hornacinas con crucifijos.

Son cuatro las que aún se conservan en Pamplona en nuestros días. Para que la ciudad estuviera abrazada espiritualmente por los brazos abiertos perpetuamente del Cristo Crucificado de los hornacinas de nuestra vieja Iruña, sólo falta un Crucifijo en el extremo de la calle Tejería o de la Merced. No se que antiguamente existiera —cosa muy posible— pero no ha llegado hasta nosotros.

El más pulcro de todos en su hornacina gótica, estrecha y relativamente moderna, es el Crucifijo de casa Aznárez, en la esquina de la calle de la Zapatería con la calle Pozoblanco. Bien cuidado e iluminado por la piedad de los dueños del inmueble, preside la riada diurna y nocturna de los ciudadanos de las dos Pamplonas: la vieja y la nueva.

En cierta ocasión dolorosa este crucifijo presenció la agonía violenta de un moribundo, herido de arma de fuego, que, trasladado hacia la vecina farmacia, no pudo llegar más lejos y asistido por un sacerdote, que aún puede dar testimonio, entregó su alma al Redentor entre los gritos de odio de sus compañeros.

Usede esta clásica en crucijada urbana, descenderemos fácilmente por Calceteros y Mercaderes hasta otra en crucijada más histórica y famosa aún, en los anales del viejo Pamplona: la que forman la calle Mercaderes, Calderería, Curia, Navarrería y Mañueta.

En la esquina de esta calle, en el edificio que hace ángulo con la de los Mercaderes —hoy perteneciente a los Sres. de Iraizor— sobre unos huecos tapiados de piedra, de una arquitectura viril y noble, hay una hornacina cuadrilonga sin carácter, donde se venera un Crucifijo, de quien un periodista local dijo en «Arriba Español», según referencias fidedignas, que era un ejemplar de típico Cristo español, de la escuela clásica de Velázquez.

La historia de este Crucifijo es antiquísima. Perteneció a la desaparecida Basílica de Santa Cecilia. Esta Basílica fue de las más antiguas de Pamplona; de ello se habla ya en el famoso Poema de Anelíer. Esta capilla ocupó en tiempos pasados el solar que hoy ocupa el edificio que achaflana la edificación entre las calles Curia y Navarrería y da cara a la en crucijada antes citada. Esta casa donde, vivió el sastre Sr. Ruiz de la Torre y hoy conocida por la casa del Sordo y por la relojería de Oslé, ocupa exactamente el lugar de la Basílica de Santa Cecilia; en frente de la cual estuvo hasta hace poco tiempo, la fuente, que hoy está en la confluencia o plazoleta, si se nos permite llamarla así, de las calles Navarrería y Carmen, ante el Palacio del Marqués de Rozalejo.

En la fachada de esta Basílica había un Crucifijo. El Archivo Municipal de Pamplona (Leg. 17. Recibo n.º 4) guarda una referencia a él. Anastasio Larrondo, Maestro albañil,

hace varios trabajos en la Basílica de Santa Cecilia. Entre otros el siguiente: «ayudádole al estañero a poner las escaleras para componer la cubierta del Santo Cristo, que está hacia la calle».

Al desaparecer dicha Basílica de Santa Cecilia, y abrirse los balcones modernos del edificio actual, el Crucifijo pasó a ocupar el lugar que hoy honra, en la esquina superior de la calle de la Mañueta.

La calle no puede ser más castiza, ni más apropiada, para tal presidencia.

Allí está el Crucifijo hace tantos años, contemplando el aluvión de compradoras y vendedores, que bajan y suben, teniendo como objetivo el Mercado; allí estuvo el famoso frontón popular de la ciudad y tantos otros viejos recuerdos con solera, entre otros inconfesables.

Para todos la imagen de Cristo, abierta en balanza de justicia y amor, es una llamada al orden y a la ley.

D. José María Iribarren, en su libro "De Pascuas a Ramos", ha recogido una alusión a este Crucifijo, cuando todavía ocupaba el frontis de la Basílica de Santa Cecilia. En la página 139 de dicha obra se dice así: "El Ayuntamiento de Pamplona, en fecha 2 de abril de 1806, previno a los Priors o Cabezas de los Pasos, que suelen salir del convento de la Merced, incorporados en la Procesión de Viernes Santo, que no permitan bajo ningún pretexto el que dichos pasos o los que los llevan, hagan cortesías con ellos, como lo han acostumbrado al Cristo que hay en el trascoro de la Catedral, ni al que existe en la Basílica de Santa Cecilia, por ser impropia del acto».

Subamos a través de la Plazuela del Ayuntamiento, por San Saturnino (antes Bolserías) y Jarauta (antes Pellejerías) a la calle de los Descalzos en su confluencia con la terminación de Eslava, junto a la fuente de los Descalzos, cuyo Centenario se acaba de cumplir, y a su derecha, existe otro Crucifijo desde tiempo inmemorial en la fachada de la casa n.º 54, entre los dos balcones del primer piso.

Esta casa, que se llamó casa del Morrón y en la que vivió muchos años la familia de Chancharrana, Sres. de Aldaba, por haberse refugiado en ella, durante las guerras últimas, los que vivían en la Rochapea en la casa y huerto de dicho nombre, en el lugar que hoy ocupa el Lavadero, junto a los corrales del Gas; pasó de la propiedad de los Sres. de Ezquieita a los Sres. de Echarte y actualmente se le denomina del Sacristán de Orcoyen.

Tampoco se conocen los orígenes históricos de esta imagen, para que así sea más legendaria y popular.

Anotaremos tan sólo una anécdota de nuestros días, Fue en la época de la última república española, cuando se decretó la retirada de los Crucifijos de los edificios oficiales y públicos.

Algunos inconscientes —no queremos calificarlos más propiamente— apedrearon el Crucifijo de la calle de los Descalzos un día. La lamilla que entonces vivía en el primer piso de dicha casa —Sres. de Oñativia, fervientes católicos— temien-



do mayores desmanes, retiró por su cuenta la imagen de su hornacina. Poco tiempo después, el Santo Crucifijo profanado, fue bendecido nuevamente por el Rvdo. Sr. Párroco de San Lorenzo. Dr. D. Justiniano Arratibel, y traído semiprocesionalmente a su hornacina desde la Parroquia. Por-

tador del Crucifijo en aquella ocasión fue el Dr. Don Joaquín Echarte, dueño entonces del inmueble, quien lo trajo en alto, acompañado por un numeroso grupo de fieles de ambos sexos y lo volvió a colocar solemnemente en su hornacina; limitándose, en razón a las circunstancias políticas, al rezo del credo; después de lo cual se disolvió el concurso.

Desde entonces la familia de Oñativia y luego la de Cerdán corrieron con la iluminación de la hornacina por su cuenta y cuidado.

Con lo que llegamos rápidamente a la calle de Santo Andía, donde, desde no se sabe cuándo, existe una hornacina con su Crucifijo, colgada sobre el alto muro del convento de los Carmelitas Descalzos, que vela la clausura de los Religiosos ante los edificios fronteros.

Cuándo y quién colocara esta imagen en esta calle, tarada durante largos años por el libertinaje, tolerado oficialmente como mal menor por las leyes públicas, es cosa que se ignora.

Si las arbitrariedades e injusticias de los gobiernos ineptos y sectarios del siglo pasado no hubiesen aventado con los frailes todos sus recuerdos y archivos, seguramente, que en el Libro del Becerro de la Comunidad de los Carmelitas Descalzos de Pamplona existiría constancia de la colocación de la hornacina con su Crucifijo en el exterior de la pared conventual de Santo Andía.

Tal vez al principio estuviera colocado en otro punto del mismo muro; ya que éste fue levantado notablemente con ocasión de la entrada en este Convento, después de la expulsión de los Religiosos, de las monjas Carmelitas; que desposeídas del suyo de la Plaza del Castillo, y situadas provisionalmente en el Arcedianato, lograron se les concediese el de sus Hermanos de hábito de la calle de los Descalzos.



Hornacina de la calle Descalzos

¿Por qué se colgó la efigie del Crucificado en este lugar y en vecindad inmediata con la Basílica de Ntra. Sra. de la O? Es pregunta para la que no hemos hallado respuesta, como no sea la devoción del vecindario sano y la sana intención de ahuyentar a las vecinas molestas y a sus visitantes asiduos.

Lo único que parece cierto es que la sagrada efigie de Cristo Crucificado lleva mucho tiempo en este lugar. Una relación impresa de fines del siglo pasado habla de una imagen de Jesús Crucificado que desde antiguo existía en un muro de la calle de Santo Andía.

La divina imagen estuvo más o menos pacíficamente respetada en su hornacina hasta la noche del 13 al 14 de septiembre de 1896. Había sido domingo, segundo domingo de mes, segundo día del novenario de la Virgen de las Maravillas en la iglesia de las Recoletas, víspera, o tal vez ya fecha de la fiesta litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz, cuando unos impíos desalmados, acaso embriagados, al salir de un prostíbulo próximo, se dedicaron a apedrear y destrozár sacrilegamente el Crucifijo de la hornacina de Santo Andía.

Profunda fue la consternación y enérgica la indignación de la ciudad, al descubrir a la mañana siguiente el horrible sacrilegio.

En el núm. 570, correspondiente al martes, día 13 de septiembre de 1896, el diario católico-político «La Tradición Navarra», notificaba el hecho, pidiendo a las autoridades una inmediata y severa intervención.

Al día siguiente el mismo diario integrista abría una suscripción popular «para adquirir una Imagen de Cristo Crucificado que sustituya a la que en la noche del día 13 fue bárbaramente destruida».

A! tercer día la suscripción sumaba 106,20, cantidad suficiente para adquirir otro crucifijo que sustituyese al anterior. Pero como eran muchos los que querían contribuir con sus limosnas, la suscripción quedó abierta dos días más, con intención de dar gusto a los donantes y celebrar con el sobrante misas de desagravio.

Por fin, el día 20, quedó cerrada la suscripción de «La Tradición Navarra», que habría alcanzado la cifra, bien considerable para aquellos tiempos, 207,43 ptas.

La imagen, adquirida inmediatamente, fue entregada al Superior de los Carmelitas, Rdo. P. Gerardo del Sdo. Corazón, quien la entregó a su vez a la Rda. M. Priora de las Carmelitas Descalzas, Serafina de la Virgen del Pilar, quienes por aquellas fechas ocupaban todavía el convento de los Descalzos.

Eran los días de la novena de San Fermín, que aquel año la predicaba el Rdo. P. Fernández, de la Comunidad de P. Coronistas; y el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Dr. D. Antonio Ruiz Cabal, dispuso que la traslación del nuevo Crucifijo, adquirido por suscripción popular, se verificase procesionalmente la noche del Martirio de San Fermín, día 25 de septiembre, a la terminación de la novena del Santo.

Memorable fue el acto de desagravio que organizó Pamplona en aquella ocasión. Todavía hay quien lo recuerda por haber asistido a él, tomando parte activa, y algunos hasta sobre los hombros de sus padres.

A las ocho y media, aproximadamente, de la noche se ordenó la procesión en la Parroquia de San Lorenzo doscientos cincuenta hombres eran portadores de hachas y una gran multitud acompañó al Rdo. Sr. Párroco. D. Simón Villanueva, portador del nuevo Crucifijo, con todo el Cabildo.

En el trayecto de la Iglesia a la calle Santo Andía, la Capilla de música de la Catedral cantó la letanía de los Santos.

«La calle citada presentaba hermoso y severo aspecto pues sus vecinos engalanaron ventanas y balcones con colgaduras y faroles, que harían hermoso contraste con la oscuridad de la noche. La extraordinaria multitud de personas que en ella se agolpaban resultaba imponente».

Previamente se había colocado una nueva hornacina contigua al lugar de la anterior.

Al llegar el Cabildo Parroquial a la altura de la misma, la Capilla cantó una plegaria alusiva al acto; inmediatamente se procedió a la colocación del nuevo Crucifijo en su hornacina.

Acto seguido y en medio del emocionado silencio de la calle, subió al púlpito, improvisado en la acera de enfrente, el insigne pamplonés Dr. D. Eustaquio Ilundáin, Canónigo Magistral de Ciudad Real, que, hallándose circunstancialmente en nuestra ciudad, aceptó el encargo de dirigir la palabra en este acto.

Llovía en aquella noche inolvidable, como si el cielo llorase con nuestro dolor y desagravio.

«Con la cara cubierta de vergüenza —comenzó diciendo el orador— voy a entreteneros poco tiempo, si el tiempo nos lo permite. No eran navarros, o al menos no merecían serlo, quienes tal sacrilegio cometieron...»

Hay quien lo recuerda textualmente y yo lo he recogido de sus labios con lágrimas en los ojos.

La alocución del Sr. Ilundáin fue intensamente sentida y conmovedora. Lloraban todos los presentes y todavía brota el llanto en sus ojos, cuando lo cuentan.

«La Tradición Navarra» recogió el eco de aquellas palabras en sus páginas; y a su vez el Dr. Tovar, biógrafo de nuestro Cardenal Ilundáin, hace memoria de esta intervención oratoria de su biografiado. «En aquella noche el Sr. Ilundáin estuvo elocuentísimo, comunicando el fervor que le animaba a los numerosos oyentes. Su discurso tuvo tremendas notas de santa indignación contra el horrible sacrilegio, al mismo tiempo que frases llenas de piedad y de perdón para los desgraciados sacrilegos». También «La Avalancha», en su número de octubre de 1896 habla de esta alocución.

A las nueve y cuarto de la noche se acababa la conmovedora manifestación, cantándose, el «Santo Dios», de vuelta en la Parroquia de San Lorenzo.

Luego, la Santa Imagen ha permanecido más o menos olvidada en su polvorienta hornacina. ¡Cuánto ha debido sufrir, colgada de ese muro sombrío esa imagen de Nuestro Señor, martirizada a la continua por la vecindad innoble —no toda ni mucho menos, gracias a Dios— y por los que, por esta calle circulaban en su busca!

La hornacina iba quedando cada año más olvidada y triste. Hasta su puerta se entreabrió, como invitando al Señor a la fuga. Los mozalbetes —siempre conviene que haya niños para echarles las culpas— se entretenían en las tardes de verano encajando piedras en la desamparada hornacina, sin intención ninguna de ofensa al Señor.

Una voz cálida y sincera se alzó varias veces en estos últimos años en las columnas de «Diario de Navarra», llamando la atención sobre el abandono del Crucifijo de Santo Andía. En el número del 11 de agosto de 1957 escribía don Baldomero Barón: «qué triste y abandonado está el antiguo Crucifijo de la calle Santo Andía... Sucio y desvencijado sufre el más desconsolador de los olvidos. ¡Cuándo habrá una mano piadosa y un corazón generoso que se encargue de su restauración!»

Una señora de Alsasua, conmovida por las reiteradas llamadas del Sr. Barón, pidió presupuesto, para ayudar a la obra. Todo quedó en ello.

Pero esa mano piadosa y ese corazón, generoso, que pedía el reportero del «Diario de Navarra», han llegado para el Crucifijo de Santo Andía.

En la calle Jarauta tiene su comercio D. Nicolás Velasco, pamplonés de solera y simpatizante de todas las ideas nobles sin patrocinio conocido. Él fue quien a fines del pasado año de 1957, se encargó de la restauración. D. Martín Cía construyó una nueva hornacina en su taller de carpintería de la calle Jarauta; la restauración artística de la imagen corrió a cargo de D. José María Martínez, vecino de la misma calle; la

pintura la realizó el propio Sr Velasco, y la iluminación indirecta de la imagen fue obra sencilla de la casa de electricidad Agustín Beunza, en la esquina de Eslava y Mayor.

En el seno de la Comunidad carmelitana de los descalzos existía un proyecto modesto pero artístico para esta restauración. Fue lástima que las manos piadosas y los corazones generosos no consultaran su obra con quienes más obligación y derecho tenían a intervenir en ella. Se pudiera haber logrado algo más definitivo y artístico, para satisfacción de todos y honor de Cristo Crucificado.

Ello no empequeñece lo ejecutado en modo alguno. No es más que un lamento póstumo a una falta involuntaria de inteligencia, que, de evitarla, hubiera ofrecido mayores oportunidades de logro perfecto. Quede para la siguiente ocasión; que no será tan distante como la pasada; teniendo en cuenta que los elementos meteorológicos en nuestro clima son fuertes y destructores.

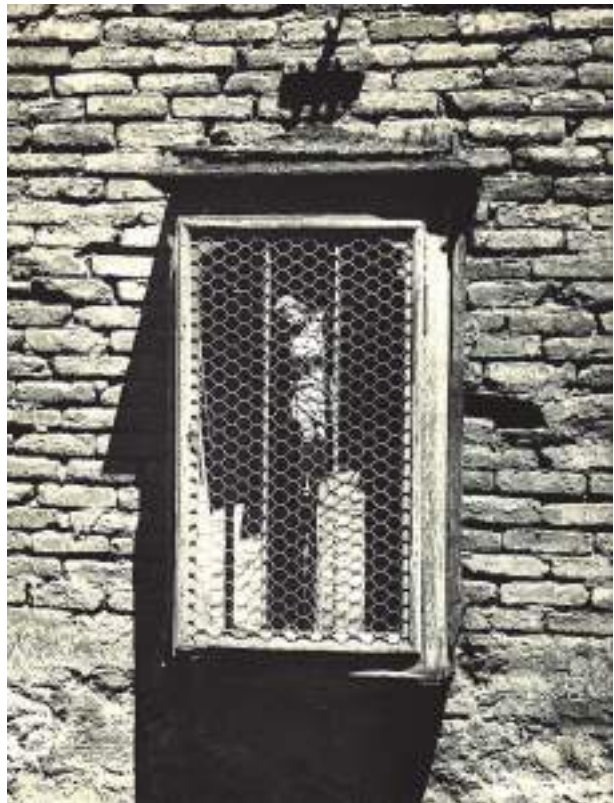
Mientras tanto los cuatro Crucifijos que presiden las calles de nuestra ciudad seguirán velando la vida de sus vecinos, para que ellos se acuerden de depositar de vez en cuando una oración, una flor, una luz o un obsequio cualquiera en su honor.

## BIBLIOGRAFÍA

- 1.º Legajo 17 del Archivo Municipal.
- 2.º «De Pascuas a Ramos», por José María Iribarren.
- 3.º «La Tradición Navarra», septiembre 1896.
- 4.º «La Avalancha», octubre 1896.
- 5.º «Diario de Navarra», agosto 1957.
- 6.º «Ensayo biográfico del Emmo. Señor Cardenal Ilundáin y Esteban». por el Dr. D. Laureano Tovar González.
- 7.º Relación manuscrita de las Carmelitas Descalzas.
- 8.º Actas conventuales de los PP. Carmelitas Descalzos.

Ilustraciones fotográficas de don Julio Cía.

Facilitadas por el Archivo Municipal de Pamplona 



Hornacina de la calle Santo Andía